

Mons. Fulton J. Sheen

El es Rey, fuente por eso mismo de toda autoridad. Como Hijo de Dios pudo afirmar: "Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra". (San Mateo, XXVIII, 18). Los vientos y los mares lo obedecen y cuando Pilatos, con el lenguaje propio de los dictadores, se jacta de tener el poder suficiente para condenarlo, Jesús le recuerda: "Ninguna potestad tendrías contra mí, si no te fuese dada de arriba". (Juan, XIX, 11).

Otra cosa en la que no se puede creer es, asimismo, que este poder de cambiar el corazón de los pueblos haya desaparecido con su muerte. Vivimos en un mundo donde falsos poderes invocan nuestro apoyo, la opinión pública nos aturde y donde los poderes del Estado invaden nuestros derechos privados.

Tenemos necesidad de alguien que recuerde a estos Pilatos que hay, allá arriba, otro Poder. Contamos con una cantidad de jefes que nos dicen aquello que está bien, cuando todo va bien; nos hace falta un Cristo vivo que nos diga la Verdad, cuando las cosas van mal y el mundo yerra. ¡Ven, oh Cristo, con tu divina autoridad, libéranos aunque para ello debas usar éstas nuestras humanas envolturas, como usaste en su momento la tuya!

Jesús es nuestro Salvador, el Sacerdote que nos santifica. Cuando El se encontraba aquí abajo, no solamente reactivó los paralizados miembros de los enfermos, los cadáveres de los muertos, no sólo abrió los ojos de los ciegos a la luz del sol de Dios; también El ha pacificado los corazones y santificado las almas. Ha personificado igual, estas palabras El no quería referirse solamente a mente en Sí la Santidad: "Yo soy la Vida". Con la vida física, sino a la espiritual, divina, del alma. El vino para ser el puente entre Dios y la humanidad. El hombre se halla manchado de culpa; Dios es santo y no hay ningún punto común entre ambos. Sólo Jesús podía ser mediador entre la tierra y el cielo, siendo Dios y Hombre. Este es el significado de Cristo Sacerdote, vínculo entre Dios y los hombres, venido para acercar a Dios hacia los hombres y a éstos hacia Dios.

¡Qué absurdo resulta creer que Dios, llegado a esta tierra para destruir los pecados y santificar nuestras almas elevándolas, haya dejado solamente escasos recuerdos literarios y unos cuantos himnos para poder lograr esta vida divina! ¿Acaso las Magdalenas de nuestras ciudades modernas no puedan tal vez obtener el perdón que le fue acordado a aquella mujer que entró en la casa de Simón? Y todos los desengañados, los abrumados, los esclavos del vino y de los licores, los vacilantes, reducidos a semejante condición por sus pecados, ¿no podrán quizás ser perdonados porque Cristo se olvidó de dilatar su divino poder de perdón? Todas estas maneras fatigadas y maltrechas por su pasado ¿deberán sufrir la agonía de pensar que Cristo ha pasado y que ya no existe?

Algunos, por esta razón piensan que Jesús habría debido quedarse aquí para siempre. Pero El nos ha dicho: "Os es necesario que Yo vaya: porque si yo no

fuese, el Consolador no vendría a vosotros; mas si Yo fuere, os lo enviaré" (Juan, XVI, 7).

Esto significaba que si El hubiese permanecido entre nosotros, estaríamos tan cerca de El con un apretón de manos, el sonido de una voz, el estremecimiento de un abrazo, como lejos respecto a la intimidad que Dios quiso tener con el alma y el alma en verdad suspira de poder alcanza a Dios. Yéndose en cambio al cielo, y enviándonos su espíritu, El ya no sería un modelo que sirviera de copia, sino una vida capaz de ser vivida. Y su mentalidad se constituiría en la nuestra; su Vida, en nuestra vida.

(Fulton J. Sheen, ¿Se puede creer aún?, Ed. Paulinas, 2º Ed., Bs. As., 1955, Pág. 40-43)